

La Concertación por la democracia chilena

Génesis y evolución

LA CONCERTACIÓN DE PARTIDOS POR LA DEMOCRACIA ES una alianza que reúne al centro democratacristiano con la izquierda socialdemócrata, y que ha gobernado a Chile desde 1990, después de la derrota de Pinochet en el plebiscito. Las fuerzas reunidas en la Concertación se enfrentaron duramente entre sí en el pasado, y esa confrontación explica en gran parte el colapso de la democracia y el golpe de Estado de 1973. El nacimiento de esta alianza y su permanencia son hechos que están lejos de ser triviales. Desde 1990, cuando se reinaugura la democracia en Chile, la Concertación ha generado cuatro Gobiernos diferentes. Al mismo tiempo, ella se ha transformado, a la par, con un desarrollo del país que no tiene precedentes en la historia: crecimiento económico, reducción de la pobreza, inserción en la globalización, ampliación de la democracia, apertura cultural, etc. ¿Cómo se formó esta peculiar coalición entre fuerzas que estuvieron enfrentadas en el pasado y que en todo el mundo compiten entre sí, dando estabilidad y progreso a Chile por tantos años? ¿Cómo ha evolucionado esta coalición? ¿Qué representa en esta evolución la elección reciente de Michelle Bachelet?

Eugenio Tironi

TRIPLE FRACASO

¿Cuáles son los orígenes de la Concertación? Como muchas coaliciones de este tipo, ella surge de un fracaso; o mejor aún, de un triple fracaso.

El primer fracaso tiene que ver con el colapso de la democracia en 1973. Éste tuvo mucho que ver con la imposibilidad de encontrar un acuerdo entre el centro político y la izquierda socialista y comunista en esa época. Por lo tanto, el primer origen de la Concertación es la conciencia de que la intervención militar de 1973, y todas las consecuencias que trajo consigo en materia de

violación de los derechos humanos y de las garantías civiles y políticas, estuvo en un fracaso de la política como mecanismo de gestación de acuerdos que aseguren la gobernabilidad del país.

El segundo fracaso tiene relación con la estrategia que prevaleció en la oposición a Pinochet hasta mediados de los 80: la suposición de que era posible desplazar al régimen autoritario sobre la base de una movilización social (las llamadas «protestas»), que abriría paso a una fisura dentro del régimen y a una apertura democrática. Esta estrategia muestra su inviabilidad alrededor de 1984 y 1985, cuando el régimen de Pinochet logra superar la crisis económica que azotó al país a comienzos de los 80, y que dio origen a una amplia movilización social de protesta.

Y el tercer fracaso estuvo relacionado con el Partido Comunista: el fracaso, a mediados de los 80, después de la protesta, del intento por derrocar al régimen por la vía de una insurrección armada, incluyendo el intento de asesinato del general Pinochet. Aunque ninguno de los partidos que hoy están en la Concertación respaldó formalmente la estrategia militarista, ella tenía influencia en ciertos sectores del Partido Socialista, lo que les hacía reacios a aceptar una estrategia orientada a utilizar en su favor la institucionalidad pinochetista.

Esos tres fracasos condujeron, curiosamente, a la formación de la Concertación.

UNA OPORTUNIDAD

La Concertación se gesta concretamente en torno a una oportunidad: el plebiscito efectuado en 1988. Se trataba de un evento previsto en la Constitución del 80, en un oculto artículo que casi nadie recordaba —y que algunos ni querían recordar—. Éste establecía que, en 1988, se realizaría un referéndum en el cual la Junta Militar propondría un candidato y la población se expresaría al respecto con un Sí o con un No.

Para la oposición de ese entonces, participar en el plebiscito era un hecho difícil de aceptar, porque implicaba legitimar la Constitución del 80, que se había impuesto en condiciones totalmente antidemocráticas. Pero el fracaso de las estrategias anteriores y la ausencia de alternativas, le conducen finalmente a participar, en contra —por cierto— de la postura del Partido Comunista y los sectores más influidos por aquel.

Aquella fue, por ende, una decisión controversial y desgarradora para la oposición democrática. Pero fue adoptada teniendo a la mano numerosos estudios sicosociales realizados en esa época, que mostraban que la población chilena estaba paralizada por el miedo y la sensación de impotencia. Esto la dejaba completamente imposibilitada anímicamente para enfrentar, directamente, a un régimen que parecía omnipotente y feroz en su respuesta. Por lo tanto, la única manera de despertar y movilizar a la población era invitándola a participar de algún evento pacífico y de índole estrictamente político. Este evento podía ser el plebiscito organizado por el propio Pinochet. Participar fue la gran apuesta de la oposición democrática. Y la ganó.

LA ESTRATEGIA

La estrategia de la oposición frente al plebiscito tuvo dos ejes. Primero, convencer a la población de que se inscribiera en los registros electorales y de que participara en el referéndum. Pinochet confiaba en ganar el plebiscito sobre la base de un cuerpo electoral restringido, compuesto básicamente por sus partidarios. Inscribir a los chilenos y chilenas en los registros electorales era, pues, la mejor arma para derrotarlo. Pero no era fácil. Reinaba la sensación de que inscribirse en los registros electorales implicaba quedar tachado y ser susceptible de alguna represalia por parte del régimen. Se sumaba a esto el hecho de que había un enorme escepticismo: la gente se preguntaba: «¿qué gano con votar cuando los resultados van a ser con toda certeza manipulados?». Esto produjo una situación bastante curiosa: la propia oposición a la dictadura era la que invitaba a las personas a inscribirse y, con ello, a participar en la institucionalidad de un régimen autoritario que la misma oposición quería destruir.

El segundo eje de la estrategia fue la creación de una alternativa política que diera a la población confianza de gobernabilidad en caso de triunfar el No. Con este objetivo, se crea la «Concertación por el No» (que es el antecedente histórico de la actual Concertación), donde se reúne al centro Demócrata Cristiano y la Izquierda Socialista, dos fuerzas que estuvieron fuertemente enfrentadas entre sí en los 60 y 70. Queda afuera el Partido Comunista, que estaba involucrado, todavía, en la estrategia armada insurreccional, y expresaba a los cuatro vientos que era imposible derrotar al Sí en el plebiscito.

El mensaje fue, en ese momento, extraordinariamente simple, y se puede condensar en tres promesas: primero, terminar con los abusos de poder del Estado; segundo, hacer verdad y justicia en materia de derechos humanos, y tercero, lograr que los beneficios del nuevo sistema económico fuesen mejor distribuidos. Se dejó de lado la crítica radical al modelo económico, porque un ataque directo al modelo podía crear la sensación de que el triunfo del No significaría empezar todo de nuevo, en una sociedad que ya estaba cansada de volver a empezar con modelos nuevos del más diverso signo ideológico.

El resultado de esa estrategia es por todos conocido: gana el No, lo que fue una sorpresa, particularmente entre nosotros los chilenos, donde algo nos decía que Pinochet era imbatible.

ADMINISTRAR LA VICTORIA

¿Qué haría esa frágil coalición en torno al No con la victoria? Ésta es una de las grandes incógnitas que se abrieron la noche del 4 de diciembre de 1988, cuando se conocen los resultados del plebiscito (la otra incógnita, por cierto, era qué haría Pinochet).

La Concertación toma dos decisiones claves en los meses posteriores al plebiscito. La primera fue aceptar una negociación con el régimen, la que arriba a un conjunto de reformas a la Constitución de 1980. Las «59 reformas» acordadas por los equipos negociadores de ambas partes (y que para ninguna de ellas eran totalmente de su gusto) fueron llevadas a un referéndum

en 1989, en el que hubo una bajísima abstención y donde se aprobaron con un 85 por ciento de los votos. Esta decisión estratégica acepta, entonces, la legitimidad de la Constitución del 80 ya reformada, y esto abre paso a las elecciones que se realizaron en diciembre de 1989 y a la transición pacífica del poder.

La segunda gran decisión fue la transformación de la Concertación por el No, destinada exclusivamente a derrotar a Pinochet en el plebiscito, en una coalición permanente cuya vocación era gobernar el país: la Concertación por la Democracia. Este «cambio de marca» confirmaba la voluntad de la coalición de transformarse en una alternativa de gobierno, presentando un candidato único a las elecciones que tendrían lugar en diciembre de 1989. Así ocurrió, efectivamente, con Patricio Aylwin como candidato único, quien obtuvo una amplia mayoría en las urnas.

¿NEGOCIAR O NO NEGOCIAR?

Hasta ahora se discute en Chile si la Concertación hizo bien en negociar con la dictadura pinochetista, y viceversa. Dentro de la Concertación todavía hay muchos que se preguntan «a qué hora se nos ocurrió negociar; por qué no aprovechamos ese momento para hacer reformas más de fondo». Y dentro de los partidarios del régimen, todavía hay algunos nostálgicos que plantean que habría sido mejor no negociar e, incluso, no haber aceptado los resultados del plebiscito.

En el caso del régimen, era claro: en esos días caía el muro de Berlín, y un modelo de apertura económica (como el que propulsó Pinochet) no podía resistir el aislamiento internacional al que era sometida la dictadura.

Por parte de la Concertación, había muchas razones que la forzaban a negociar. Una, la necesidad de reducir la incertidumbre de la población, que por entonces era muy alta. Hay que recordar que en la retina de los chilenos estaban todavía los hechos del 70-73; esto es, el caos del Gobierno de Allende y los horrores del golpe militar.

Por otra parte, el temor de volver atrás con una nueva crisis económica que trastocara otra vez el precario orden alcanzado, era fuente de una sorda angustia. Es probable que la nueva democracia no hubiera resistido una crisis económica a comienzos de los 90, y que una situación semejante hubiese terminado en el retorno de Pinochet en gloria y majestad. La «manija» para sostener el crecimiento y los equilibrios económicos estaba entonces en manos de la comunidad empresarial, la cual tenía un cordón umbilical con el régimen autoritario que en ese momento colapsaba. Por ende, era indispensable, para asegurar el éxito de la nueva democracia, crear confianza en la comunidad empresarial.

Por último, desde el punto de vista de la Concertación, emprender una transición pactada era importante también para asegurarse el triunfo de la elección que venía, a fines de 1989, como realmente ocurrió.

Lo que se produjo en Chile, en suma, fue una negociación que culminó en un acuerdo tácito. El No, triunfante electoralmente pero institucionalmente débil, acepta la Constitución de 1980 reformada —esa Constitución de Pinochet que la oposición había cuestionado vehementemente en el pasado—.

Pinochet, las Fuerzas Armadas, sus partidarios civiles y la comunidad empresarial, por su lado, aceptan la transferencia del poder a sus viejos enemigos: la coalición de centro-izquierda unida en la Concertación.

Es así como la Concertación deviene una coalición de Gobierno que mira a largo plazo, pese a estar formada por un grupo de partidos muy heterogéneo, que muchos creían que no podrían subsistir juntos. De hecho, esto es lo que decía la propaganda del Sí en el plebiscito de 1988, advirtiendo que esta alianza se iba a escindir, y que Chile sería conducido a un caos similar, o peor, que el que se produjo bajo Allende. Sin embargo, contradiciendo a los profetas del Apocalipsis, y para sorpresa de muchos observadores (especialmente los analistas extranjeros, a quienes les ha costado encajar esto de que se unan establemente las vertientes demócratacristiana y la socialdemócrata), la Concertación concuerda un candidato único para las elecciones presidenciales de 1989. Se eligió, sin mayor trámite, a un demócratacristiano, Patricio Aylwin, quien no era el líder más popular en las encuestas, pero era un dirigente histórico que daba más confianza a todos los partidos, pese a que fue quien se enfrentó más directamente con Allende en 1973. Junto con esto, la Concertación concuerda otra cuestión clave, como es una lista única al Parlamento, diseñada de tal modo que aseguró la representación en el Congreso de todos los partidos de la coalición.

LA TRANSICIÓN

Llega así el Gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994), que debe convivir con el fantasma vivo de Augusto Pinochet, quien se mantuvo al mando del Ejército. Este Gobierno se propuso tres objetivos básicos: primero, consolidar el poder democrático, por entonces extraordinariamente frágil; segundo, asumir el tema de los derechos humanos, en particular la verdad y la justicia, que por entonces era una bomba de tiempo, y, tercero, canalizar las demandas sociales, que eran muchas, sin derrumbar el orden económico liberal que se había consolidado a mediados de los 80.

El Gobierno de Aylwin es exitoso en los tres objetivos mencionados. Mediante la Comisión de Verdad y Reconciliación, se logra conocer la verdad en materia de violación de los derechos humanos bajo la dictadura. De otro lado, mediante una serie de reformas legales, se logra liberar a los presos políticos y fijar sistemas de reparación a las víctimas de los atropellos a los derechos humanos. Por último, mediante iniciativas jurídicas y la presión de la sociedad civil, se logró que los tribunales se aboquen de manera independiente a los casos pendientes de derechos humanos —lo que ha terminado, en los años recientes, con el encausamiento del propio Pinochet, como antes lo fue el líder de su policía política, Manuel Contreras.

El Gobierno Aylwin encuentra la fórmula dorada para legitimar las reformas económicas de los 80, las de apertura y liberalización, mediante la introducción de un paquete audaz de reformas, que incluyeron nuevos impuestos, una reforma laboral y una agresiva política de vivienda. A esto se sumaron una serie de reformas democráticas (como la elección libre de los gobiernos

comunales), todo lo cual dio lugar a una transición increíblemente pacífica. Esto es importante reafirmarlo, pues, cabe tener en cuenta que en Chile estaban todas las condiciones para la irrupción del fenómeno terrorista (por las heridas que había dejado el período autoritario y la ausencia prolongada de justicia) y de demandas sociales caóticas. Ambos peligros, sin embargo, fueron mitigados a través de la canalización de las demandas —como fue tradición en Chile hasta 1973— en el marco institucional.

Ahora bien, no se entiende la peculiar transición democrática chilena y la evolución del país en los 90, sin tener presentes tres elementos. Primero, el gigantesco apoyo popular a los Gobiernos de la Concertación, a nivel presidencial —Aylwin primero, y luego Frei (1994-2000)—, parlamentario y municipal, que le da la fuerza necesaria para gestionar las inmensas tensiones del período. La Concertación goza, durante gran parte de los 90, de una cómoda mayoría, aunque siempre debe negociar y buscar acuerdos en el Parlamento, donde la derecha estuvo siempre sobrerrepresentada, por efecto de los «senadores designados» y del sistema electoral contemplados en la Constitución. Segundo, una estructura bipartidista, que le va a dar una estabilidad importante al sistema. De hecho, nunca emerge una tercera fuerza, sea comunista, verde, anarquista o humanista, y los dos grupos principales, la Concertación y la derecha, aumentan su participación relativa. Y tercero, una creciente apatía política como efecto de la normalización progresiva del país, como si el interés de la población por la política amainara en la medida en que el orden se ve más consolidado. Todos estos factores contribuyeron a dar gobernabilidad a Chile, y a manejar sin sobresaltos los conflictos —que los hubo— por el tema de derechos humanos y Pinochet.

LA DERECHA POSPINOCHET

Todo esto estaba relativamente ordenado hasta fines de los 90, cuando se produce lo que podríamos llamar «la revolución de Lavín».

Joaquín Lavín fue un alcalde de la comuna más rica del país, Las Condes. Como tal, mostró un gran ingenio y una gran efectividad, y esto lo catapultó como un personaje muy popular. Él pertenece a un partido, la Unión Demócrata Independiente (UDI), muy identificado con el régimen de Pinochet. Pero, Lavín trata de emanciparse de ese vínculo, para lo cual genera un liderazgo nuevo (que llama «cosista», pues está volcado a la solución de problemas y no a la consecución de programas o proyectos), logrando crear una alternativa competitiva en democracia. La suya es, entonces, una propuesta pragmática, que se dirige a los sectores como consumidores y no como ciudadanos, que apela a sus emociones y no a su racionalidad, que apela a sus intereses y no a sus principios. La irrupción de Lavín produce un cambio radical —y que llegó para quedarse— en el estilo de hacer política en Chile.

Lavín rompió con lo que parecía un rasgo de la nueva democracia chilena posPinochet, en la que imperaba una tácita división del trabajo: el centroizquierda se encargaba de la política, del Gobierno (asumiendo temas

complejísimos como el de los derechos humanos o la contención de la demanda social, sin romper los mecanismos de la economía de libre mercado), y la derecha se encargaba de los negocios, y, cuando mucho, de controlar en el Parlamento —gracias a su sobrerrepresentación, y en nombre de la comunidad empresarial— que la Concertación no vulnerara los principios básicos de la economía de mercado.

Esa división del trabajo se quiebra, a fines de los 90, con Lavín. La derecha se entusiasma con ganar el Gobierno —y, al mismo tiempo, alguna gente de centro-izquierda se entusiasma y se propone dejar incluso el Gobierno para participar en la comunidad de negocios—. Entre el centro-izquierda y la derecha se produce así una suerte de inseminación cruzada.

En medio de la desaceleración económica de fines de los 90, por efecto de la llamada Crisis Asiática, el llamado de esta nueva derecha pospinochetista se hizo sentir en la población. Y se produce la gran sorpresa: que Lavín, un personaje nuevo, que se aleja de Pinochet y que se libera de los estilos políticos clásicos de la derecha, prácticamente logra empatar la elección presidencial de 1999 contra el mejor candidato imaginable de la Concertación: Ricardo Lagos, el líder de la corriente socialdemócrata. A eso se suma que, a partir de las elecciones parlamentarias de 2001, la UDI supera en votos a la Democracia Cristiana, el mayor partido chileno desde los 60.

Después de diez años de la recuperación de la democracia, volvía en Chile la competencia política.

POLÍTICA «AMERICANA»

A partir de 1999, en Chile se cayó el Muro de Berlín. Si se analizan los electores de la derecha y de la Concertación, no hay diferencias sustanciales entre ellos: son parecidos desde el punto de vista de su origen social, no tienen grandes diferencias en relación a las llamadas «cuestiones valóricas» (religiosidad, posición ante el divorcio y el aborto, entre otras), e incluso comparten ideas comunes en materias económicas (papel del mercado y del Estado, apertura externa, etc.). Al mismo tiempo, se observa mucha migración dentro del electorado: personas que votaron por Eduardo Frei, luego votaron por Lavín, y entre quienes votaron por éste, hay muchas que lo hicieron por Bachelet en las elecciones recientes de 2006.

En el Chile de hoy, en suma, hay dos conglomerados que están muy cerca uno del otro, tanto en términos de peso electoral como de estilos y propuestas. Los dos tienen un piso relativamente cómodo del 40 al 45 por ciento de electores, y tienen que disputar ese diez por ciento que resta. Se trata de un electorado compuesto de indecisos, volátiles, migrantes en general, poco interesados en la política y, por ende, muy, muy susceptibles al *marketing* y a la personalidad de los candidatos.

Un rasgo del nuevo escenario político chileno es la fuerte y marcada personalización de la política —algo que en otros países de América Latina conocen mejor a partir del populismo, pero que en Chile estamos recién aprendiendo

bajo una modalidad más estadounidense—. En efecto, el carácter de los candidatos, la congruencia de su trayectoria personal, van a importar bastante más que sus programas a la hora de inclinar a los electores. Un ejemplo de esto es el caso Lavín, ya comentado más arriba. Pero lo mismo sucede en el mundo de la Concertación, donde una figura como Michelle Bachelet llega a la presidencia de la República gracias a su sorpresivo respaldo popular y no por efecto de una decisión partidaria.

El nuevo escenario político chileno tiene una estructura bipartidista (centro-izquierda y centro-derecha), muy diferente a los tres polos (derecha-centro-izquierda) que lo caracterizó antes del 73. Muchos suponían que esta estructura desaparecería con la consolidación de la democracia, para volver al esquema histórico de los tres tercios; pero ella no ha desaparecido e, incluso, se ha acentuado. En Chile, parece consolidarse una suerte de gran Partido Demócrata (la Concertación) y un gran Partido Republicano (la Alianza, como se denomina la coalición de centro-derecha). Así como el Partido Demócrata y el Republicano no son lo mismo, tampoco lo son la Concertación y la Alianza; pero las diferencias entre sí no son abismales. Es más, las diferencias en el interior de estos conglomerados son altas (como en el interior de los partidos Demócrata y Republicano), porque no son homogéneos, pero han encontrado la manera de resolver estas diferencias sin fragmentarse. La Concertación, sin embargo, tiene una estructura más institucional, y resuelve sus diferencias sobre la base de las negociaciones formales entre los dirigentes de sus partidos; la Alianza, en cambio, tiene una cultura más personalista, donde las diferencias se resuelven con golpes de autoridad de sus líderes.

Al observar estos cambios en el escenario político chileno, surge la pregunta: ¿hasta qué punto este país no camina también en la política —porque en la economía y en el tipo de sociedad ya está claro— hacia un estilo de política «americana»?

EL EFECTO LAGOS

La Concertación tuvo un primer cambio con la asunción de Eduardo Frei, un presidente que venía también de la DC, pero que era más joven que Aylwin y se propuso como meta básica la modernización económica del país. Pero el cambio importante es efecto de la «revolución Lagos», en el período 2000-2006. En efecto, una coalición constituida sobre la base del liderazgo de la Democracia Cristiana, partido mayoritario que la había fundado, pasa, a fines de los 90, a ser dominada por el ala de la izquierda socialdemócrata laica, liderada precisamente por Ricardo Lagos. Eso en parte explica, hay que advertir, el estrecho resultado en la elección presidencial del año 1999-2000 contra Lavín.

El de Lagos fue un Gobierno extraordinariamente exitoso. Logró la recuperación económica, después de los efectos de la Crisis Asiática; realizó grandes obras de infraestructura; firmó los tratados de libre comercio con la Unión Europea, Estados Unidos y China, entre otros; ejecutó una colosal reforma de la salud; creó nuevas políticas sociales orientadas a los más pobres; dio un fuerte respaldo a la cultura. A esto se sumó la majestad con que ejerció su rol,

tanto interna como internacionalmente. Esto explica, en parte, la enorme popularidad con que Lagos dejó la Presidencia de Chile, en marzo del 2006. Pero hay algo más sutil, más subterráneo, que ayuda a explicar esa popularidad: por la inyección de auto-respeto, libertad y dignidad que introdujo en la sociedad chilena, y que la ha transformado hondamente.

Lagos aprovechó la solidez institucional y la estabilidad económica alcanzadas por Chile, para extender el proceso de modernización —que había estado restringido a las áreas socioeconómica y político-jurídicas— hacia las costumbres, los hábitos, la vida cotidiana, la cultura. Con Lagos, entró un aire de libertad que empezó a desplazar ese clima conservador, basado en jerarquías y privilegios que nacen del linaje y no del mérito, que había logrado sobrevivir a la modernización económica y política de Chile.

En tal sentido, Lagos dio ciertos pasos que cambiaron el curso de Chile: sus gestos para reconstruir la memoria histórica de la nación, incluyendo quizás lo más innombrable: la tortura; el restablecimiento del control político sobre las Fuerzas Armadas, y la ruptura de éstas con la violación de los derechos humanos bajo Pinochet; la aprobación de una ley de divorcio, evitando que esto condujese —como ocurrió en otros países de raíz católica— a una fractura en el seno de la sociedad; la eliminación de la Constitución política de los últimos resabios no-democráticos; la modernización de la gestión del Estado como respuesta a los casos de irregularidades o corrupción; el fin de la sorda guerra civil que había entre la izquierda y el empresariado, que se remontaba a la época de Allende; el clima de libertad que ha permitido una actitud más inquisidora de los medios de comunicación respecto a las élites. El hecho histórico de que una mujer, Michelle Bachelet, haya sido elegida presidenta de la República, es la coronación de los profundos cambios en la sociedad chilena que maduraron en el período de Lagos.

EL SECRETO DE LA CONCERTACIÓN

¿Quién es Michelle Bachelet? Lo primero, es que se trata de una mujer que viene de la izquierda chilena tradicional, aquella de cultura laica y humanista. Lo segundo, es que ella tiene impregnada en su piel el sello de la excelencia: toda su trayectoria así lo atestigua. En tercer lugar, ella pertenece a la «familia militar»: tuvo un padre ciento por ciento militar; los más cercanos amigos de sus padres eran miembros de las Fuerzas Armadas y vivió hasta pasados los veinte años en poblaciones militares, y ella misma se reintegró a esta cultura a partir de sus estudios en temas de defensa (incluyendo un diplomado en Estados Unidos), que la llevaron a ser la primera ministra de Defensa en la historia de Chile. En cuarto lugar, hay que tener en cuenta su condición de médico-pediatra, lo que la dota de una comprensión hacia lo humano muy diferente a la de un político o un intelectual. Por último, Bachelet y su familia fueron víctimas directas de la represión pinochetista, y su popularidad contiene un silencioso acto de reparación de los chilenos hacia todas las víctimas de la violación de los derechos humanos. Colocándola en La Moneda, los chile-

nos estarían aliviando la última herida, uniendo una memoria personal y colectiva que hasta ahora seguía partida.

En fin, Bachelet representa un nuevo tipo de liderazgo: lo que podríamos llamar un líder comunitario. Aquí radica la explicación última de su inesperada popularidad. En los tiempos que se abren, éste es el liderazgo que los chilenos y chilenas andan buscando. Lo que se observa, en efecto, es un silencioso cansancio de una élite compuesta sólo por hombres volcados obsesivamente en la cosa pública y disociados de la vida doméstica, confinados en instituciones desde donde ejercen con un estilo frío, agresivo, opaco. En oposición a ello, lo que se busca es un liderazgo que preste más atención al bienestar de las personas que al funcionamiento de las estructuras; un liderazgo menos utópico y más cotidiano, menos dirigista y más acogedor, menos exitista y más compasivo, menos musculoso y más afectivo, menos autoritario y más participativo. A eso, a todo eso, ha dado respuesta la Concertación mediante la figura de Michelle Bachelet.

La Concertación por la Democracia en Chile nació de la experiencia autoritaria, pero no terminó con ella y fue capaz de prolongarse hasta ahora. Ella supo recoger las lecciones de la crisis de la democracia chilena en 1973, provocada por el voluntarioso revolucionario y la división de las fuerzas democráticas. En el curso de su existencia ha sabido aprovechar las oportunidades que le ha deparado la historia, por mezquinas que parezcan, para ir avanzando gradualmente tras sus metas. La Concertación ha sabido convivir con sus adversarios, y es más, alcanzar acuerdos con ellos: así lo demostró frente al peor de todos, Pinochet, y así lo ha practicado durante 16 años con la oposición, fundando en los 90 la llamada «democracia de los acuerdos».

¿Cómo ha logrado la Concertación todo esto? Su secreto radica en su capacidad de evolucionar internamente en base a la competencia interna entre sus corrientes demócratacristiana y socialdemócrata, las que se han alternado la hegemonía de la coalición. Su experiencia, por lo mismo, está muy lejos del antiguo PRI mexicano (como a veces se señala), pues la Concertación ha creado y vive en un ambiente enteramente democrático y en su seno hay alternancia de liderazgos, los que nacen de una genuina competencia democrática y no de un acuerdo de camarillas.

EL GOBIERNO BACHELET

Bachelet asumió el 11 de marzo del 2006, y en pocos días puso su sello. Cumplió su promesa, y formó un Gobierno paritario de hombres y mujeres a todos los niveles. Con ella, adquiere protagonismo político una nueva generación de la Concertación, que hasta ahora había ocupado cargos de carácter técnico en el Gobierno. Ha introducido además ciertos cambios en el estilo de gobierno, un poco a la manera de Zapatero en España: un estilo más directo, más participativo, riguroso en el cumplimiento de las promesas, con más participación de mujeres; todo lo cual representa un cambio respecto a la tradición de la Concertación y de la política chilena en general.

Desde el punto de vista programático, el Gobierno de Bachelet no debiera plantear grandes novedades. Habrá continuidad económica y una profundización de las reformas sociales pro-igualdad; todo esto en un Gobierno corto (sólo cuatro años) que debe concentrarse en pocas tareas para ser eficaz.

En lo económico, el Gobierno será extremadamente ortodoxo en materias fiscales (se mantendrá la regla del superávit estructural fijada por Lagos), con reformas pro-competencia y pro-innovación. En lo social, la prioridad estará en la reforma del sistema provisional de capitalización individual para incrementar la competencia, la cobertura y la solidaridad. Otro proyecto estrella será la ampliación de la educación preescolar. En lo político, se espera una reforma binominal. Todos estos cambios se realizarán buscando un amplio consenso a nivel político, pero, también, a nivel de la sociedad, incorporando la opinión de los actores sociales y de los expertos.

En lo internacional, Chile ha pasado a una nueva etapa, y así quedará reflejado en el Gobierno de Bachelet. Hasta ahora, los Gobiernos de la Concertación pusieron objetivamente la prioridad en la inserción de Chile en el concierto global, firmando acuerdos comerciales con las principales potencias del mundo y mirando con mucho interés la zona del Pacífico. Ahora, en cambio, conseguidas las metas propuestas en la etapa anterior, la política exterior de Chile se orientará prioritariamente hacia los países vecinos y hacia América Latina. Esto se viene observando desde hace dos años, aproximadamente, y se acentuará en el futuro inmediato.

Esta reorientación de la política exterior de Chile reúne un amplio consenso nacional. Hasta hace algunos años, la derecha y el empresariado miraban con reticencia el interés que a veces mostraba la Concertación por América Latina. Hoy, nadie pone en duda que aquí está la prioridad. El Gobierno, las Fuerzas Armadas, la comunidad empresarial, la prensa, los intelectuales; todos los actores relevantes reconocen que aquí está la prioridad en los años que vienen. De hecho, en los primeros días de Gobierno, la presidenta Bachelet ya ha recorrido varias capitales de la región, y todo indica que se pondrán las energías necesarias para lograr resultados, aunque estos se aprecien sólo a largo plazo.

En los primeros meses de gestión, la presidenta Bachelet parece que ha sabido interpretar al nuevo Chile, y esto explica su alto grado de popularidad y las positivas expectativas que está generando. Su agenda está focalizada en temas concretos que afectan a las personas, y proyecta un liderazgo que acoge, que invita, que pide opiniones antes de decidir. La oposición, por su parte, ha mantenido una actitud notablemente constructiva ante la invitación de colaboración que ha recibido de la nueva Presidenta. Si la «democracia de los acuerdos» instaurada en los 90 está en la base de gran parte de los éxitos del Chile de hoy, con Bachelet, quizás, se está dando un paso más allá: de la democracia de los acuerdos, que tenía como protagonistas a las élites políticas, se está pasando a una democracia acogedora, que pone en el centro a las personas.